



## ENSEGUIDA, JESÚS LE TENDIÓ LA MANO Y LO SOSTUVO

Domingo XIX del Tiempo Ordinario

“Queremos atraer sobre nosotros la mirada compañera de Jesús, el Hijo amado, que también se lanza mar adentro y viene a nuestro encuentro en nuestras fragilidades y en las dificultades de la vida cuando ve que, por amor a Él, hemos quedado expuestos, y necesitamos que nos dé una mano porque en la fe nos hemos lanzado al agua y solos no podemos”.

(El verdadero poder es el servicio, Jorge Mario Bergoglio, Editorial Claretiana, 2da ed. 2013).



### LA PALABRA

1Re 19, 9. 11-13a | Sal 84, 9-14 | Rom 9, 1-5

#### Mt 14, 22-33

Después que se sació la multitud, Jesús obligó a los discípulos que subieran a la barca y pasaran antes que él a la otra orilla, mientras él despedía a la multitud. Después, subió a la montaña para orar a solas. Y al atardecer, todavía estaba allí, solo. La barca ya estaba muy lejos de la costa, sacudida por las olas, porque tenían viento en contra. A la madrugada, Jesús fue hacia ellos, caminando sobre el mar. Los discípulos, al verlo caminar sobre el mar, se asustaron. Es un fantasma, dijeron, y llenos de temor se pusieron a gritar. Pero Jesús les dijo: Tranquilícense, soy yo; no teman. Entonces Pedro le respondió: Señor, si eres tú, mándame ir a tu encuentro sobre el agua. Ven, le dijo Jesús. Y Pedro, bajando de la barca, comenzó a caminar sobre el agua en dirección a él. Pero, al ver la violencia del viento, tuvo miedo, y como empezaba a hundirse, gritó: Señor, sálvame. En seguida, Jesús le tendió la mano y lo sostuvo, mientras le decía: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? En cuanto subieron a la barca, el viento se calmó. Los que estaban en ella se postraron ante él, diciendo: Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios.



## EL MENSAJE

---

### *Caminando sobre las aguas*

“Con frecuencia escuchamos hablar o leemos acerca de la poca fe de Pedro y del momento en que él comenzó a hundirse. Pero —a mi entender—, lo realmente valioso consiste en que él ha sido —entre los apóstoles— el único que se animó a bajar de la embarcación para dirigirse hacia donde estaba Jesús.

¡Dios necesita, en su Iglesia y en la sociedad, mujeres y hombres valerosos como Pedro, que se animen y se decidan a bajar de la barca de las propias seguridades y proyectos personales para emprender las obras que el Señor les encarga!

¡Él necesita cristianos comprometidos de verdad; que, con el don de la perseverancia, no se manden a mudar ni desaparezcan cuando las cosas se ponen difíciles, o cuando los sucesos resultan de una manera diversa a los propios proyectos!

Es cierto que Pedro comenzó a hundirse... Es cierto que en algún momento su fe falló... Es cierto que él era terco y que cometía diversos errores... Es cierto que se dejó distraer por la tempestad, y cayó en temor... Pero también es cierto que tuvo la suficiente valentía para bajarse de la embarcación y por eso es el único de entre los apóstoles que llegó a caminar sobre el agua, aunque más no fuese unos pocos pasos. Tal como dice el refrán: ‘El único que rompe los platos es el que los lava’. Es por eso que Jesús necesita más cristianos comprometidos al servicio de su Reino, aun si en el intento de servirlo rompen algún plato, o cometen algún que otro error. Lo verdaderamente importante es haber aprendido de los propios errores y debilidades, para tratar de evitar caer en ellos nuevamente.

Pero este relato también nos ofrece otra enseñanza: en la vida podemos estar rodeados por tormentas de diverso tipo, pero cuando nuestra mirada y atención están focalizadas en Jesús y en su voluntad no hay nada que temer.

Sin embargo, nuestro principal problema es que nuestra fe es débil, y corremos el riesgo de mover rápidamente nuestro foco de atención de Jesús hacia las olas y el viento huracanado que producen las tormentas de la vida.

Si eso nos sucede, no olvidemos clamar a Jesús desde lo más hondo del corazón, con ese grito de auxilio que nuestro buen Dios sabe escuchar y responder: ‘Señor, sálvame que me hundo’”.

*(Rosario para superar las tormentas de la vida y recuperar la paz interior, Gustavo E. Jamut, Editorial Claretiana, 2016).*



---

“Amado Jesús, quiero aprender a mirarte a ti, sin dejarme distraer por nada en la vida... Ni por las tormentas, ni por la calma. No quiero apartar mi mirada de tus ojos, ni en los momentos de desolación, ni tampoco en los de consolación. No quiero apartarme ni un milímetro de tu santa voluntad, ni cuando las cosas sean contrarias a mi querer, ni cuando todo sea como yo deseo. Que en todos momentos mi mirada descansa en ti, y que tú seas siempre la paz de mi corazón, tanto en medio de las tormentas, como también cuando todo sea serenidad y gozo. Amén”.

(Rosario para superar las tormentas de la vida y recuperar la paz interior, Gustavo E. Jamut, Editorial Claretiana, 2016).



---

### **Caminando sobre aguas revueltas**

Somos hijos del buen Dios. Lo sabemos, ¡pero son tantas las veces que nos cuesta sentirlo y vivirlo! Quizás hemos olvidado lo que era ser hijos de pequeños. O, tal vez, no hemos tenido la mejor experiencia. Puede ser, simplemente, que estamos demasiado ocupados y no atendemos nuestra fragilidad.

Así como el bebé busca el calor y el olor de aquella persona que le da amor, protección y cuidado, y es lo que le permitirá salir a conocer el mundo, experimentar, explorar y saber que hay un lugar donde volver y refugiarse.

Así como cuando empieza a dar sus primeros pasos, acude con una sonrisa inmensa y su andar tambaleante hacia quien le tiende los brazos para recibirlo.

Así como los pequeños piden una y otra vez que los alcen, y viajan seguros y relajados en brazos de quien los lleva, pudiendo descansar, mirar a su alrededor, descubrir e interactuar con lo que se cruza en el camino.

Así como los niños frente al primer raspón, caída, temor o dificultad llaman insistentemente a mamá, o a papá o a la persona por la que se sienten cuidados.

Así como cada joven en su búsqueda personal reclama el ejemplo, el consejo y la orientación de quien es su referente.

Así nosotros necesitamos poner toda nuestra confianza en Dios, escuchar la invitación de Jesús que con sus brazos abiertos nos dice, como en la lectura, ven. Y, así, poder avanzar seguros, sin caer en desalientos y desesperanzas, más aún cuando nuestra fe nos juegue una mala pasada.

Es momento de preguntarse cuáles son esas olas tempestuosas, cuál es el viento huracanado que nos desestabiliza, que nos distrae, que no nos deja confiar plenamente y nos quita la paz para subir nuevamente a la barca, donde con otros y en comunidad, volverá la calma y se podrá seguir navegando.

Aquí va un texto para seguir haciendo vida la Palabra:

“Este Evangelio es algo así como la estampa de lo que a ti te va a pasar, de lo que te sucederá en algunos momentos de tu vida. Tenlo presente para que sepas vivir el Evangelio en plenitud. Préndete de la mano de Jesús; mira que todo pasa, que todo se hunde, que todo es inestable y solamente el amor de Dios es el que permanece y hace permanecer.

Señor, sálvame; Señor, alárgame tu mano; Señor tenme siempre contigo; Señor, recuerda que soy tuyo y consérvame siempre tuyo”.

(*El Evangelio meditado para cada día del año*, Alfonso Milagro, Editorial Claretiana, 1999).

## SEMILLERO

### Los milagros de Jesús

“Es difícil establecer la historicidad y autenticidad de todos los milagros. En algunos se ve la mano de las comunidades cristianas y de los mismos evangelistas. Otros, sobre todo los milagros sobre la naturaleza (la tempestad calmada, Jesús que camina sobre las aguas, la transfiguración), parecen parábolas que quieren exaltar anticipadamente el poder de Cristo resucitado. Pero es histórico que Jesús realizó muchas acciones extraordinarias como curaciones y sanaciones, consideradas posesiones diabólicas.

No son hechos transmitidos por testigos oculares, sino por tradiciones orales, como se acostumbraba en aquellos tiempos, antes que se escribieran los evangelios. Hubo verdaderos exorcismos, pero también había enfermedades que se atribuían falsamente al demonio como en el caso del joven epiléptico (cf. Mc 9, 14-27) o del enfermo mental de Gerasa (cf. Mc 5, 1-20).

Los evangelios no ponen el acento sobre lo extraordinario de estos hechos sino sobre su significado. Nos muestran cómo actúa Dios, su bondad, más que su poder. Los milagros de Jesús son otra manera de enseñar, forman parte de su mensaje. El milagro de la pesca milagrosa, por ejemplo, visualiza como será para los apóstoles de todos los tiempos la ‘pesca de hombres’ (cf. Lc 5, 10); la tempestad en el lago, cómo habrá que enfrentar las

persecuciones, etc. Jamás Jesús quiso ser tratado de curandero, hechicero, médico; no busca popularidad y solo actuaba en nombre de Dios y por amor al que sufre. No hace milagros para lucirse, para demostrar su divinidad. En aquel tiempo muchísimos enfermos morían por falta de recursos, desinterés de las autoridades, marginación, falta de médicos (que solo atendían a los ricos). Jesús se compadecía de ellos.

En la segunda parte de la vida de Jesús, los milagros disminuyen. El gran signo del Amor de Dios, definitivo, será la cruz. Jesús jamás ha enseñado que el camino para curar las enfermedades sea el milagro; el acento está puesto en el poder que tiene la Buena Noticia de curar y liberar en forma integral al hombre. Jesús anuncia implícitamente, para el futuro, no una Iglesia milagrera sino una Iglesia servidora, samaritana, que practica la misericordia”.

*(Introducción a la Biblia. Lectura crítica y actualizada, Primo Corbelli, Editorial Claretiana, 2019).*